

cido su prestigio, llegó á ser tan desesperada la situación de las facciones catalanas, que bien puede afirmarse que los liberales desaprovecharon entonces la mejor ocasion para aniquilarlas.

Meer no olvidó el castigo debido á la sublevacion de Viella y mostróse magnánimo con los vencidos. Digna de conmemoracion será siempre la energía de carácter del baron, quien no solo tenia que atender á los cuidados de la guerra, ya de por sí dificultosos en extremo, sino que enfrenar las maquinaciones y el trabajo de zapa á que no cesaba la anarquía de entregarse perturbando el órden tan necesario en aquel país y en aquellas circunstancias. Firmemente decidido á sostener el imperio de la ley contra la influencia bastarda de elementos extraños que á cada hora se dejaban sentir, dictó Meer enérgicas providencias que dieron los resultados apetecidos.

A muy distinto criterio obedecia el rigor del conde de España, quien, despues de reducir á la nulidad á la junta, en la que hizo notables alteraciones, logró que esta no se opusiera á las crueldades en que se complacia, menudeando las ejecuciones y horrorizando al pueblo con el continuo espectáculo de estas dos cosas horribles: el tajo y la horca.

Glorioso y memorable será para siempre el suceso que escogemos como preámbulo de la campaña de Aragon en 1838, suceso que á no haber sido gloriosamente conjuradas sus consecuencias por el indómito valor del pueblo de Zaragoza, hubieran podido cambiar el aspecto de la guerra y arrastrar la ruina de la causa de la libertad.

El partidario Cabañero intentó y llegó á consumir en la noche del 5 de marzo el audaz proyecto de hacerse dueño de la heroica ciudad. Acercóse silenciosamente á sus puertas y, sin que se hubiese tenido conocimiento de su aproximacion, penetró por ellas en el centro de la poblacion, ocupando sus localidades mas estratégicas, como lo eran la ancha vía del Coso, el Mercado y la plaza de San Miguel. Interin sus batallones tomaban posesion de la ciudad, los defensores de esta, reducidos á su denodada milicia nacional, reposaban tranquilamente en sus hogares sin el menor conocimiento de la pavorosa situacion que el suceso arrastraba.

De lo restante que ocurrió y de la sensacion que en el país produjo tan célebre acontecimiento dará cabal idea el siguiente relato, escrito bajo la impresion del momento y que vió la luz en *El Correo Nacional* al siguiente dia de acaecido el memorable suceso.

«Ayer se recibió en Madrid una noticia, cuya primera version si se hubiera confirmado habria excedido en su funesta importancia á cuantos hechos ha producido la presente guerra civil.—Con referencia á un parte del administrador de correos de la Almunia, circuló por la tarde la inesperada nueva de que Cabrera se habia apoderado de Zaragoza por sorpresa. Nada mas se dijo en el primer momento, y para cuantos conocen la importancia militar y política de aquella capital, el suceso equivalia á una batalla campal ganada por el enemigo y en la que hubiese derrotado á nuestro ejército.—Algunos, mas confiados en el carácter de los aragoneses que consternados por la gravedad del hecho, esperaban que el enemigo habria hallado su tumba en el noble suelo que se atrevió á invadir. La inquietud y la zozobra duraron solo horas, hasta que la llegada de un extraordinario de las autoridades de Zaragoza al gobierno, y luego la de posteriores partes oficiales, convirtieron en alegría y placer las tristes preocupaciones de la mañana.—El pueblo de Zaragoza, digno de la ínclita ciudad que ha sido la admiracion del siglo en que vivimos, no ha desmentido y quizás haya excedido la fama de sus antepasados. Sorprendido en medio de la noche por una fuerte division enemiga, bastóle saber que esta era dueña de sus hogares, para que sin preparativos, sin jefes, sin direccion, el heroísmo superase á todas las desventajas de una sorpresa consumada, y lanzase de sus murallas, escarmentados y vencidos, á los que torpemente contaron sobre la flaqueza, ó imprudentemente olvidaron el proverbial valor de los zaragozanos.

»Faltan expresiones en el lenguaje escrito para elogiar dignamente la conducta de aquel pueblo; él fué en otra época modelo de la constancia que salvó la independencia nacional;

quizá en esta ocasion le debamos que la libertad no pereciera, pues la lucha actual hubiera cambiado enteramente de aspecto si la capital de Aragon quedara en poder de los enemigos.... Mandados por Cabañero al frente de cuatro batallones y dos escuadrones, lograron hacerse dueños del Coso y de la plaza del Mercado.

»Gritos de ¡viva Carlos V!, lanzados por los invasores, despertaron á los sorprendidos habitantes.

»A los terroríficos gritos contestaron los nacionales á balazos desde los balcones, y el tiroteo haciendo cundir la alarma fué la señal de reunion para los que no habian todavía empuñado sus fusiles.

»Ninguno faltó al llamamiento. Los actos de denuedo, de heroicidad que señalaron el combate exceden por su grandeza, escribe un testigo presencial, á los hechos mas memorables del tiempo de los franceses. El enemigo no renunció fácilmente á su presa y se atrevió á disputarla; ¡pero combatia dentro de los muros de Zaragoza y contra sus hijos peleando por la libertad! El resultado ha sido glorioso para esta; Cabañero huyó escarmentado, dejando en poder de los vencedores doscientos muertos y setecientos prisioneros, entre ellos el coronel Aznar (a) el Cojo de Cariñena y veintitres oficiales mas. Nuestra pérdida ha sido corta....»

Para formar idea de cuáles hubieran sido las inevitables consecuencias de no haberse frustrado el plan de Cabañero, basta saber que Zaragoza encerraba en su recinto la gran mayoría de los puentes de Aragon, que temerosos de las depredaciones de los carlistas habian venido á buscar refugio para sus personas y sus caudales en la capital del antiguo reino. Dueño que hubiese sido de ella Cabrera, nada le habria sido tan fácil como organizar, armar y equipar cuarenta mil hombres, proporcionando además á don Carlos el codiciado objeto de la posesion de una capital.

Indignado el pueblo de Zaragoza en presencia del peligro que habia corrido y que atribuia á la traicion, sospecha aumentada por haber corrido la especie de que el general Esteller, segundo cabo y principal autoridad militar, habia tenido conocimiento de la aproximacion del enemigo sin haber tomado las debidas precauciones, exigió y obtuvo el arresto de dicha autoridad; novedad que acrecentando la agitacion consiguiente á los sucesos de la noche anterior, produjo en la mañana del 6 la reunion de un grupo que aumentó por la tarde hasta unos doscientos hombres. Pronunciados estos en motin dirigieron al local de la ex-inquisicion, donde se hallaba detenido el desgraciado general, forzaron las puertas de su estancia, y asiéndose de su persona y arrastrándolo entre gritos de cólera y de venganza, lo condujeron contuso y maltrecho á la plaza de la Constitucion, donde le dieron cruel muerte á bayonetazos debajo de la lápida titular.

Aquella sumaria y feroz aplicacion, hecha por el pueblo, de la ley *Lynch*, aunque jamás será justificable ante los sagrados derechos de la justicia hollada, tenia, ya que no la disculpa, la explicacion de la causa insólita de un olvido por parte de la víctima, de deberes cuya negligencia estuvo á pique de producir la posesion de Zaragoza por los carlistas, y tal vez la ruina de la causa de la libertad.

Casi coetáneamente á la memorable hazaña del heroico pueblo de Zaragoza, conquistaron valederos títulos á la admiracion y á la gratitud de la patria los vecinos de Gandesa, poblacion cuyo ardiente liberalismo fué siempre objeto del encono de Cabrera y de las facciones. Sitiado el pueblo diferentes veces por el enemigo, habia visto asolado su territorio, robados sus ganados y pasados por las armas sus milicianos. Habíanse refugiado á sus muros crecido número de habitantes de los pueblos inmediatos. Forasteros y vecinos todos formaban un cuerpo unido y compacto, consagrado á la defensa de débiles murallas, levantadas apresuradamente é incapaces de resistir á los disparos de la artillería. Viejos y mozos, milicianos y paisanos habian dejado sus ocupaciones para entregarse á la defensa de sus hogares. Los hombres trabajaban en las fortificaciones y salian al campo cuando se acercaba el enemigo. Las mujeres patrullaban y en caso necesario hacian guardias. Mas no bastó tanta heroicidad para alejar el peligro.

La falta de víveres no permitia prolongar la resistencia y apenas si hubo tiempo para que una fuerte columna al mando del general don Santos San Miguel acudiese con objeto de proteger el éxodo de sus habitantes, los que formando un inmenso convoy, escoltado por las tropas venidas en auxilio, llegaron el 4 de marzo á Favara en Aragon, tierra libre donde pudieron hallar el término de sus fatigas y recibir el honoroso aunque estéril consuelo de un voto de gracias dado por las Córtes en galardon de tan heroico comportamiento.

Bastante hemos dicho sobre la embarazosa situacion del gabinete, cuyas dificultades juntamente con las del país, debian acrecentar sucesos sobre cuyas consecuencias omitiremos por ahora apreciaciones que tendrán lugar despues de haber dado cuenta de los hechos que estaban en vísperas de realizarse.

CAPITULO IV

Correrías de los carlistas anteriores al sitio de Morella.—Sitio de Morella.—Consecuencias políticas y militares del levantamiento del sitio de Morella.—Accion de Maella.—Paroxismo de crueldad en el carácter de la guerra.

Cabañero fugitivo de Zaragoza se dirigió á la provincia de Guadalupe con tan buena suerte que habiendo salido en su persecucion la segunda brigada del ejército de Aragon, él fué quien la batió y la hizo prisionera.

Codiciba Cabrera la posesion de nuevas plazas fuertes en el Maestrazgo y puso sus miras en la de Lucena.

La division Borso, destinada á estorbar la prosecucion del sitio, no bastó para impedirlo y Cabrera pudo asentar sus baterías en un punto que dominaba á la poblacion.

La guarnicion, alentada por el levantado espíritu de su gobernador Carruana, verificó varias salidas que si no dieron resultados provechosos no dejaron de ser honrosísimas para los sitiados. En el entre tanto las baterías de asedio hacian su oficio y el peligro de la plaza crecia.

Para remediarlo presentóse nuevamente Borso reforzado por la division de don Bartolomé Amor, mas aunque las fuerzas de ambos jefes se establecieron dando frente á los sitiadores y peleando con ellos, no consiguieron ahuyentar á Cabrera, que continuó en su posicion de sitiador de la que fué menester que viniese Oraá á lanzarlo, como efectivamente lo consiguió, teniendo en ello ocasion para elogiar el comportamiento de los nacionales y para levantar el espíritu de los pueblos.

Con sagacidad calculó Cabrera que experimentaria un descalabro si esperaba la llegada del *lobo cano*, con cuyo nombre saben nuestros lectores era designado Oraá por los carlistas, y poniendo á salvo la artillería y materiales de sitio que habia traído, retiróse sin esperar á su temido adversario.

Conseguido por este el importante fin que se habia propuesto, dejó abastecida á Lucena, destruyó las líneas de circunvalacion y demás trabajos de sitio, dirigiéndose á Chiva con intencion de fortificarla.

A cuatro leguas de distancia efectuaba Cabrera igual operacion con Villahermosa, interin Forcadell y otros partidarios recibian la órden de desparramarse por las llanuras de Valencia y de Castellon, poniendo á saco, como lo tenian por costumbre, aquellas ricas provincias, que en gran manera contribuian al sostenimiento de las facciones. Puso en seguida Cabrera sitio á Calanda, cuyos nacionales, aunque se defendieron bizarramente, víéronse obligados á capitular.

Desgraciadamente, y para oprobio de la memoria de Cabrera, á quien no hemos escaseado los elogios cuando sus hechos los han motivado, violó la capitulacion mandando fusilar á veintidos oficiales de los rendidos, y aunque respetó la vida de los demás, lo fué para arrancárselas mas tarde y con mayor crueldad, toda vez que, segun afirma el bien informado autor de la *Historia de la guerra civil*, dos años despues y al evacuar á Mora de Ebro, hizo Cabrera precipitar inhumanamente en sus aguas los restos de los prisioneros de Calanda.

Inmediatamente despues apoderóse aquel de Samper, quedando su guarnicion prisionera, sin que se sepa que no le diese cuartel, toda vez que hubo de contentarse con destruir sus

fortificaciones conforme lo venia haciendo respecto á los demás pueblos de que se hacia dueño.

Prosiguiendo su triunfante correría atacó Cabrera á Alcorisa, cuya guarnicion y nacionales, con ánimo resuelto, le opusieron vigorosa resistencia. La artillería abrió brecha por la que penetraron los carlistas, posesionándose de parte del fuerte, que lo era el antiguo convento de San Francisco, pero llevaban los nacionales tan alto su denuedo en la defensa de sus hogares, que recibieron á tiros y á bayonetazos á los carlistas, quedando los claustros del ex-convento cubiertos de cadáveres de uno y otro bando; esfuerzo heroico de los sitiados que les permitió arrojar á los invasores del recinto del fuerte. Tanta bizarría habria sido estéril, menos para la gloria de los que á tal punto llevaron su valentía, á no haber acudido diligente Oraá obligando á Cabrera á levantar el sitio.

Infatigable el último en sus proyectos de engrandecimiento, habia concebido el por demás atrevido de incomunicar á Madrid con las provincias del Norte, proyecto á que daba principio fortificando á Cañete.

El general Azpiroz, enviado para contrarestar dicho desigmo, tuvo la buena suerte de batir al coronel carlista don Pedro Sanz, haciéndole prisioneros treinta oficiales, trescientos soldados, y apoderándose de ochocientas cabezas de ganado halladas en posesion del enemigo.

La falta de espacio no nos permite dar cabida á lo que de buen grado habríamos expuesto respecto á las medidas de administracion y de organizacion judicial dictadas por Cabrera para el territorio de su mando. Urge llegar á la mas importante de las operaciones de la campaña de Aragon en aquel año; á saber, el sitio de Morella.

Este sitio fué tan fecundo en resultados favorables para la causa carlista como adversos para la de la Reina.

Despues de la posesion de Cantavieja, la de Morella constituia un acrecentamiento de fuerza moral y de recursos materiales de parte de Cabrera, que bien justificaba la importancia que el gobierno daba á la toma de dichas plazas, privando á un adversario tan activo de los medios de constituir en el Este de España un foco permanente de insurrecciones y de elementos de lucha tan temibles como lo eran los que ya poseia don Carlos en las provincias Vascongadas y en Navarra.

Las condiciones topográficas de la plaza de Morella, cuya posesion tanto importaba á ambos beligerantes, eran de tal naturaleza, que para apreciarlas y juzgar hasta qué punto ayudaban por una parte á la defensa y cuán ardua era por otra la empresa de arrebatarla al enemigo, es necesario tener á la vista el plano de la localidad al mismo tiempo que el croquis del territorio circunvecino.

Al pié de una colina elevada y que remata en forma de cono una escarpada eminencia, se halla situada la poblacion que protegen en parte los flancos de la montaña coronada por el fuerte ó castillo de la antigua villa feudal. Todavía conservaba Morella parte de las antiguas murallas reparadas y mejoradas sus defensas desde que Cabrera habia hecho de la villa una plaza de armas.

Diez y siete piezas de artillería constituian la dotacion de la fortaleza, cuya guarnicion constaba de cuatro batallones y algunas compañías de artilleros.

Fuera de su recinto y bajo las órdenes del activo y vigilante Cabrera y de sus adiestrados lugartenientes existia un cuerpo de ejército de quince batallones y seis escuadrones dueños del país circunvecino, cuerpo auxiliar permanente que en país escabroso y en el que no poseian las tropas de la Reina otros medios de subsistencia que los que recibiesen por convoyes. difícilmente y con riesgo escoltados, creaba todo ello una situacion tan especial que no podia compararse á la de los sitios ordinarios.

Penetrado Cabrera de lo arduo de la empresa que tenia delante, acopió víveres, levantó trincheras, habilitó desfiladeros, facilitó comunicaciones entre la plaza y el ejército que habia de proteger su defensa, sin descuidar añadir á estos medios materiales los morales, levantando el espíritu de sus tropas á las que electrizó excitando en ellas su odio contra los liberales, recordando los agravios de ellos recibidos, señalándoles

la atención de España y Europa fija sobre el puñado de valientes que desafiaban al gobierno de la Reina.

Pero movido Oraá á su vez por el sentimiento de su propia gloria y en el interés del gobierno esencialmente débil, si la suerte de las armas no venía á favorecerlo, expuso á este los medios de que absolutamente necesitaba y de que carecía, medios sin los cuales no podía salir airoso en la ardua empresa. En su consecuencia pidió al gobierno veintidos batallones de refuerzo, quince escuadrones, dos millones y medio de raciones de pan, un millón de raciones de vino, trescientas mil de cebada, doble repuesto de calzado y algun vestuario. Los ministros, esperanzados de un triunfo que tanta falta les hacía, ofrecieron cuanto pidió Oraá, y le aseguraron que todo se hallaría en Alcañiz y demás puntos por él designados.

Imitando lo efectuado por Cabrera tambien apeló el general, su contrario, á usar de medios morales, y dió proclamas al ejército y al país concebidas en términos que estimulaban el patriotismo y los instintos de gloria, y no contento con esto quiso tambien ser oído por los mismos á quienes iba á combatir, y en su consecuencia exhortaba á los carlistas á economizar la propia sangre y la de sus hermanos, humanitaria pero cándida imprecación de la que nada debía esperarse.

El 16 de julio se ponian en marcha las divisiones del ejército de la Reina, partiendo de Zaragoza, de Castellon, de Teruel y de Alcañiz. Grandes temporales de agua inutilizaron los caminos y retrasaron la marcha.

El 27 el cuartel general de Oraá se hallaba en Mosqueruela, donde se le reunió Borso, y el 28 llegaba San Miguel con la division de reserva y los trenes de batir.

Cabrera habia dispuesto sus divisiones á los flancos de las columnas de Oraá, acechando el momento oportuno de causarles pérdidas, manteniendo á los suyos al abrigo de choques que pudieran degenerar en descalabros, y conservando la disponibilidad de sus fuerzas para acudir donde mejor le conviniese.

Oraá habia establecido sus cantones de asedio en los puntos que juzgó mas convenientes, pero su propio campo se hallaba como circunvalado por las divisiones de Cabrera que interceptaban las comunicaciones con Alcañiz y Castellon, obligando á Oraá á sostener diarios combates para recibir los convoyes de víveres sin los cuales era imposible que el ejército llevase á cabo la prosecucion del sitio.

El 1.º de agosto habia establecido el ejército de la Reina sus cantones de asedio ocupando el terreno en el que se proponia situar sus baterías. En el entre tanto Cabrera habia introducido refuerzos en la plaza y sin esperar que el enemigo adelantase sus operaciones, atacó las líneas de sitio, secundado por Forcadell, don Basilio, Llangostera, Merino y Negri, auxiliares aventureros los dos últimos, venidos al Maestrazgo en busca de amparo contra sus percances expedicionarios.

Oraá opuso á esta coalicion de caudillos carlistas su propia aguerrida espada, secundada por las de Borso di Carminati, Pardiñas, Azpiroz, Pezuela y el jóven y ya distinguido don Francisco Serrano. Todos pelearon con ardor, si bien la palma de la jornada la alcanzaron los liberales que rechazaron los ataques del enemigo, y tan reciamente pagó en aquel día de su persona, si me es permitido emplear este galicismo, el adalid de don Carlos, que tuvo Cabrera su caballo muerto y dejó como trofeo en el campo su legendaria capa blanca.

El día 3 llegaba San Miguel dando custodia al tren de sitio y á un convoy de provisiones, cuya marcha se adelantó á proteger Borso. En el entre tanto Cabrera improvisa nuevas defensas en el recinto de la plaza, profundiza el foso cubierto de la muralla, llevándolo hasta la puerta de San Miguel, multiplica en el interior del muro defensas de toda clase, que recuerdan algunos de los procedimientos de la de Zaragoza en 1809, acercándose, si bien en pequeño, á los mas perfeccionados que años despues han sido empleados en el sitio de Paris contra los alemanes.

Era tan grande la importancia para Oraá de contar con víveres, de los que siempre carecía, que ansioso de ganar tiempo y provocado en cierto modo por la actitud de las columnas enemigas que protegían á los sitiados, aceptó el combate, lanzando contra las masas carlistas las divisiones de Azpiroz

y la caballería de Pezuela, los que con resolución y gallardía vinieron á las manos con los carlistas, pero tenaces y firmes estos, aunque no adelantan, tampoco retroceden, conservando la posicion de sus líneas exteriores.

En la noche de aquel día durmió Cabrera en el recinto de la plaza adoptando á la mañana siguiente sus últimas disposiciones de defensa interior, nombrando los jefes de los cuatro puntos en que dividió el recinto y proveyendo á todas las necesidades á que diese lugar el asalto.

El 5 regresó á sus líneas exteriores el jefe carlista y ordenó á Forcadell que se apoderase de la Moleta y de la Pedrera. Obedeció el último aunque sin éxito, volviendo á ocupar su antigua posicion.

El 6 renovó Cabrera el ataque al frente de las líneas de sitio. El fuego roto de madrugada por las guerrillas se sostuvo durante todo el día, no cesando hasta la noche, cuando liberales y carlistas permanecieron en sus respectivas líneas.

El día 7 dirigió Oraá á la Pobleta la division de reserva, adelantando con trabajo el tren de sitio traído por San Miguel, movimientos observados por Cabrera desde las posiciones que ocupaba con vigilancia comparable á la del milano que espía el momento de caer sobre su presa.

El día 8 se adelantó Oraá con el tren de sitio, y aunque embarazado por el cureñaje, los furgones y las acémilas, logró atravesar un bosque que escondía los movimientos del enemigo, llevando en reserva Oraá á Borso para mejor poder hacer frente á las dificultades de tránsito tan peligroso.

Con lentitud atravesó el convoy que se acampó en San Mateo, continuando su marcha al día siguiente para San Marcos, donde pernoctó, escoltando el parque, la division de San Miguel, la de Borso y la de reserva. Por la noche vióse atacado el campamento por considerables fuerzas carlistas, durante el combate hasta las diez á cuya hora cesó el fuego. Las divisiones del ejército liberal se hallaban reconcentradas custodiando en su centro el tren de sitio y la impedimenta, al paso que la caballería situada en la parte llana procuraba estorbar completase Cabrera su intento de interrumpir las comunicaciones entre el campamento y los puntos de donde Oraá recibía sus convoyes.

Llamarán sin duda la atención de los hombres de guerra las singulares condiciones de aquel memorable sitio en el que, al cabo de tantos esfuerzos hechos por Oraá para quebrantar los medios agresivos de Cabrera, conservaba este bastante fuerza y resolución para haber en el día 10 intentado un ataque general contra todas las posiciones de Oraá, el que si bien rechazó el ataque, no pudo ser insensible á la falsa posicion de un ejército sitiador, que se halla sitiado él mismo por un enemigo activo y emprendedor.

En la mañana del 11 comenzaron á establecerse las baterías de sitio y la plaza quedó investida y fuera de ella las fuerzas auxiliares mandadas por Cabrera.

Escaso siempre de víveres, con no pocos heridos y deseoso de abreviar lo crítico de la situacion, el 14 rompió Oraá contra la muralla el fuego de las baterías de brecha, habiendo sido declarada esta practicable al siguiente día, segun juicio del cuerpo de ingenieros. Delicado era sin duda consentir que la gravísima responsabilidad de declarar accesible una brecha tan recientemente abierta descansase sobre el solo parecer de un cuerpo facultativo. Segun los adelantos á que hoy ha llegado la ciencia de la guerra, semejante declaracion hubiera requerido ulterior y mas detenido exámen. No por ello sin embargo ha de ser permitido imputar el error, si lo hubo, á Oraá y á su E. M. Era todavia artículo de fe en cuestiones de balística, que la opinion de los ingenieros fuese infalible, como en materias de fe la del Pontífice romano. No debe tampoco olvidarse que los víveres escaseaban demasiado y que la dificultad de que llegasen, por el doble motivo de no haberlos situado el gobierno en los puntos designados por Oraá, no menos que por lo difícil de que atravesasen los convoyes, obligaba al general á precipitar las operaciones.

Para dar el asalto á que se decidió este por último, designáronse tres columnas, respectivamente mandadas por los jefes Ortiz, Velasco y Mir, los que procedieron con resolución al cumplimiento de su honrosísimo encargo.

Desgraciadamente no bastaba el denuedo de los jefes ni el ardor de los soldados para subir á una brecha *perfectamente intransitable*; primero por la naturaleza cortada y abrupta del terreno que las columnas tenían que atravesar antes de llegar al pié del muro; segundo por no haberse hallado transitable la subida á la brecha por la multiplicidad de obstáculos y de medios de defensa, acumulados por los sitiados detrás del muro, al que servían de segunda línea poderosísimas hogueras alimentadas por materias inflamables, completando la imposibilidad de penetrar en el recinto, el diluvio de granadas y el terrible fuego de fusilería que no daba paso á los agresores.

En semejante situacion la retirada antes que un descalabro era una necesidad. Pero ¿cómo extrañar tampoco que un general tan aguerrido como Oraá, que jefes tan resueltos como los que tenía á sus órdenes y soldados que con tanta valentía y resignacion afrontaban penalidades que en gran parte pudieron evitarse, toda vez que procedían de insuficiencia de medios y de inejecia en las providencias del gobierno, no se resignasen á darse por vencidos y ardientemente desearan renovar el asalto? Resolvióse en su consecuencia, intentarlo por diverso punto y por medio de escalas, operacion primeramente confiada al batallon de granaderos de Oporto y que solo se llevó parcialmente á efecto, sin que dejase de brillar el valor de aquel distinguido cuerpo.

Interin tan desesperados esfuerzos se hacían para vencer dificultades que debían haber sido previstas, Forcadell y Llangostera eran enviados por Cabrera para impedir la llegada de convoyes y de víveres, cuya escasez era ya tanta, que apenas podia alimentarse el ejército.

Tal era la triste condicion á que este se hallaba reducido, cuando dispuso Oraá el tercero y último asalto. Hubo competencia en los cuerpos ¡admirable ejemplo de virtud militar! para ser designados al sacrificio. Sorteáronse para satisfacer á tan noble emulacion los cuerpos que debían componer las columnas de ataque. Verificado esto llevéose á efecto en la mañana del 17 el último intento de vencer dificultades que la naturaleza, el arte y el genio de Cabrera habian hecho insuperables. No se halló tampoco la brecha practicable ni pudieron establecerse al abrigo del muro parapetos que permitiesen el que prodigios de valor superasen la triple indole de los impedimentos que cerraban el paso á las columnas de ataque.

Nada quedó por hacer á los bizarros jefes que las mandaban para realzar el merecido concepto de que gozaban. El brillante oficial de E. M. Alonso, jefe de una de ellas, y el coronel don Bruno de Velasco, jefe de otra, pagaron á precio de su vida la universal admiracion que mereció su valeroso comportamiento.

La retirada al campamento de las rechazadas columnas de asalto puso fin á la fúnebre jornada, y bastará para apreciar cuál era la situacion del ejército saber que Pardiñas, ansiosamente esperado con un convoy de víveres, llegó custodiando los estrictamente necesarios para dos días, pero sin pienso para el ganado. La llegada de cada convoy costaba, por lo menos, cien hombres de baja.

Cabrera, para hacer mas desesperada la situacion alimenticia del ejército, incendió las mieses de las cercanías, y en los últimos días el rancho de los soldados redujose solamente á granos de trigo machacado. El campamento encerraba, además, 600 heridos, á los que no habia medio de atender.

Triste pero inevitable era, el único partido que le quedaba que tomar al valiente general en jefe, quien sin embargo quiso reunir un consejo de guerra que pusiese á cubierto su propia responsabilidad. Reunióse este con asistencia de todos los jefes de division y brigada y de los comandantes de cuerpo, consejo que por unanimidad opinó que con lo hecho quedaba á cubierto el honor del ejército, al mismo tiempo que reconocía no quedar otro partido que tomar que el de una inmediata retirada.

De conformidad con lo opinado por el consejo procedióse la misma noche del 17 al desarme de las baterías de sitio. El siguiente se empleó, con las debidas precauciones, en disponer la evacuacion del campamento, la que se llevó á efecto

con regularidad, vigilancia y buena suerte, interin Cabrera, que habia pernoctado en Morella, se preparaba á molestar la retirada del ejército.

Mucho honor hace á Oraá y á los dignos jefes que lo acompañaban la solidez con que sostuvieron durante la marcha los repetidos y furiosos ataques del enemigo. Oraá, presente donde quiera que habia peligros que correr ó disposiciones que adoptar, condujo la retirada con consumada pericia, no obstante haber tenido que luchar durante toda ella con la falta de víveres y de calzado, en cuya disposicion llegó á Alcañiz, donde dispuso la reparticion de las divisiones y brigadas á las que designó los territorios en que habian antes operado, destinándolas respectivamente á Valencia, al bajo Aragon y á Alcañiz, llevando su cuartel general á Teruel.

La memorable campaña cuyos pormenores hemos procurado condensar en el menor espacio posible costó á ambos ejércitos una baja de 3,000 hombres.

Grandemente enalteció á Cabrera el levantamiento del sitio de Morella. El estudiante tortosino, el guerrillero, eran sustituidos por el general, pues de tal se acreditó el que debía á su pericia y á su buena estrella con ocasion de su último triunfo, el empleo de teniente general y el título de conde de Morella, conferídole por don Carlos y que debían hacerle apreciar en mas la fama europea que desde aquel día acompañó á su nombre.

Ya hemos visto que el descalabro de Oraá influyó en que Espartero suspendiese sus operaciones contra Estella, influyendo tambien en precipitar la caída del ministerio; y entre los efectos que el suceso produjo, fué uno de los mas lamentables el de que la opinion, mal humorada á consecuencia del revés experimentado por las tropas liberales, se mostrase injusta respecto á Oraá, harto castigado ya con haberle sido la suerte adversa, sin que ahora se quisiese imputarle una responsabilidad que no incumbía seguramente toda entera al general en jefe.

La culpa principal fué de los contratistas de víveres para el ejército del centro, los que no cumplieron sus compromisos con la administracion militar y dejaron á los soldados sin pan y á la caballería sin pienso, lo cual influyó poderosamente en que no hubiesen podido allegarse los refuerzos de hombres que requerían las condiciones especiales bajo cuyo imperio se emprendió el difícil asedio de Morella.

El hábil y pundonoroso Oraá, general tan capaz como experimentado y que tan importantes servicios tenia prestados á la causa de la Reina, no tardó en verse desposeído del mando y poco menos que procesado; pero nadie dijo nada á los contratistas prevaricadores, cuyos descendientes ostentan riquezas y títulos, fruto de los malos hechos de sus progenitores.

Pero el vulgo, que las mas veces procede por impresiones, habia escogido por víctimas á Oraá y á su segundo el general Van-Halen; de cuyas resultas y para calmar la ansiedad del público por que la luz se hiciese sobre el malogrado desenlace de la campaña, el ministro de la Guerra, general Latre, se dirigió al teatro de los sucesos con especial encargo de poner en claro la verdad. Oídos que fueron por el ministro las explicaciones y los descargos que tan fácil era producir al general residenciado, el ministro no pudo menos de reconocer que Oraá habia cumplido con su obligacion, no obstante lo cual acabó por verse separado del mando y sometido el exámen de su comportamiento al Tribunal supremo de Guerra y Marina, cuya sala no pudo menos de acordar un sobreesimiento que dejaba completamente á salvo el acrisolado concepto del veterano general.

Mas, interin la opinion se rectificaba y marchaban á sus respectivos destinos las tropas que habian formado el ejército de asedio, Cabrera, siempre activo y fecundo en recursos, se precipitaba sobre la huerta de Valencia; y segun su establecida costumbre, la ponía á saco, formando un gran convoy de víveres, de equipos y de caudales que encaminó á las plazas fuertes del territorio que dominaba; hecho lo cual y con toda la seguridad que en tiempos feudales podia disponer el señor respecto á la hueste de sus vasallos, dió permiso á Cabrera á sus voluntarios para ir á pasar algunos días con sus